

## PRESENCIA DE MARÍA EN LA IGLESIA EN LA EUCARISTÍA<sup>102</sup>

La verdad central del dogma eucarístico es que, bajo la misteriosa forma del Sacramento, el sacrificio del altar es el mismo sacrificio de la Cruz. De lo cual deducimos esta consecuencia inmediata: la Virgen está presente en él ya que estaba presente en la Cruz. Por otra parte, sabemos que el sacrificio de Cristo es, al mismo tiempo, el sacrificio del Jefe y del Esposo: “el único mediador” se inmola por esta humanidad de la que ha hecho en ese mismo momento su Cuerpo y su Esposa, es decir, su Iglesia. Por lo tanto, toda la Iglesia es ofrecida en Él y por Él al Padre y, por esa ofrenda de toda la Iglesia, Cristo quiso unir visiblemente a María con el Calvario. La Iglesia, presente en Cristo en la Cruz, también lo estaba, consecuentemente, en María que “estaba junto a la Cruz” (*Jn 19,25*). De esto se deduce que la Virgen María, del mismo modo que Cristo, por Él, en Él y para Él, está igualmente presente en la Iglesia en la Eucaristía.

La tarea de la “*fides quaerens intellectum*”<sup>103</sup> ante estas altas verdades, es la de esclarecerlas lo más posible, por lo que se buscará fundamentarlas teológicamente. Ahora bien, aquí se trata del “*Misterio*” mismo de Cristo, tomado en su momento decisivo, la Pascua, y continuado en el tiempo por el *Sacramento* de esta Pascua, la Eucaristía. Demostrar cómo Cristo, María y la Iglesia están allí presentes y cuáles son las relaciones entre ellos sólo es posible en una visión de síntesis. A partir de estas premisas veremos los dos grandes interrogantes sobre los cuales este estudio se desarrolla: ¿Cómo se realiza el “Misterio de Cristo”? Y ¿cómo se continúa en el tiempo de la Iglesia de modo fundamental por medio de ese “sacramento de los sacramentos” que es la Eucaristía? Para poder explicar mejor la función y el lugar de la Virgen en este Sacramento, demostraremos más especialmente lo que han significado en el “cumplimiento” del Misterio<sup>104</sup>.

### ***I. El Misterio de Cristo y su economía***

El “Misterio”, en el N.T. es la totalidad del designio creador, redentor y glorificador concebido por Dios en favor del hombre. Sobre todo san Pablo lo toma en este sentido, especialmente en los capítulos 2 y 3 de su Carta a los Efesios si bien se la encuentra ya con un significado fundamentalmente idéntico en los Sinópticos y en San Juan (*Mc 4,11; Ap 10,7*)<sup>105</sup>. Por consiguiente, es la totalidad de la historia de la salvación la que se encierra en ese término. Es la realidad de la alianza entre Dios y la humanidad que es, a la vez, centro de esa historia y objeto del plan de Dios. “El Misterio” no es, entonces, en su realización, la obra de Dios solo sino la de Dios y del hombre, la de éste en el cooperar libremente y la de Dios en ej tiempo. Esto explica la existencia de una “economía del Misterio”, como dice san Pablo (*Ef 3,9*). Estos son los grandes principios de esta economía, tal como Dios lo ha dispuesto gratuitamente y para lo que Él, desde luego, nos llama. Se los encuentra en la Escritura al leer e interpretar “in Ecclesia”.

<sup>101</sup> Profesor del “Teresianum”. Facultad de Teología e Instituto de Espiritualidad de los Carmelitas Descalzos.

<sup>102</sup> *ETUDES MARIALES - Bulletin de la Société Française d'Etudes Mariales* – 1979-1980. Tradujo: María Delia Alonso, obl. Monasterio Gozo de María (San Antonio de Arredondo, Córdoba, Argentina).

<sup>103</sup> N. de T.: “la fe busca el entendimiento”.

<sup>104</sup> Los límites de una simple presentación y la amplitud de la materia que debemos abarcar, nos obliga a presuponer conocidas de antemano las verdades más difundidas y a remitir a otros trabajos para la profundización de aquellas menos comúnmente consultadas.

<sup>105</sup> Acerca de este concepto de Misterio en varios trabajos conocidos del P. MERSCH o de G. BORNKAMM (TWNT) se hace referencia a la excelente monografía de R. PENNA, el “*mysterion paolino. Traitteoria e costituzione*”, Brescia, Paideia, 1978.

El primer principio es el designio de Dios de establecer con su criatura espiritual una alianza de amor. Por esta alianza Dios extiende a su criatura su propia vida de comunión y la introduce en ella. Se la comunica y lo hace participar. Como consecuencia del pecado, rechazo del primer ofrecimiento de alianza, deberá ser renovada pero esto será con sangre. Este es el primer principio, el centro y el fin, en una palabra, todo el Misterio: la alianza. Y éste es “el camino” por el cual Dios ha querido realizarla; la Encarnación del Verbo, el sacrificio de la Redención y la glorificación por el don del Espíritu. El Misterio es trinitario.

Segundo principio: antes de cumplirse en el tiempo y con todos los hombres, esta alianza se realizará según una economía. Se desarrollará en una doble dimensión: una lleva por los caminos por los cuales espera la multitud de hombres para introducirlos en la comunión de la alianza; la otra, trae al cumplimiento del Misterio en el tiempo. Estas dos dimensiones se compenetran íntimamente una con otra aunque las necesidades de análisis obliguen a considerarlas separadamente.

El tercer principio es el que se podría llamar el de la elección y mediación. Muestra cómo Dios busca para llegar a todos los hombres conforme al primer principio, un mediador elegido por El (es el desarrollo de la primera dimensión señalada en el principio precedente). En efecto, en el fundamento de la alianza encontramos el hecho de la elección divina, gratuita, totalmente inmerecida. Nada hacía prever la elección de Abraham. Israel es el pueblo elegido, escogido, Yaveh lo llama para el pacto de la alianza (*Ex* 19,5). Pero el elegido no es escogido ni llamado para él solo; es para que sea mediador entre Dios y los otros hombres y esto por caminos distintos y complementarios: Abraham para su descendencia. Israel para los otros pueblos, etc., “en la plenitud de los tiempos”, Cristo, “nacido de mujer” (*Ga* 4,4), para todos los hombres (*I Tm* 2,5).

El cuarto principio completa el anterior y toca ya el aspecto temporal del plan. Es el principio de expansión-recapitulación. A partir del mediador-elegido el don de Dios se comunica a los demás hombres y cumplida esta comunicación todos aquellos que la reciben son “recapitulados” en el mediador para ser reconducidos en Él a Dios (*Ef* 1,10). Entre el término inicial y el término final, entre el primer Adán y el “último Adán” (*I Co* 15,45) numerosos son los períodos de la historia de la salvación en los cuales se observa este proceso de expansión seguido de un retraimiento, anuncio de nuevas expansiones orientadas hacia la recapitulación escatológica. Piénsese, por ejemplo, en los numerosos momentos de salidas y retornos que jalonan la historia de Israel, como así también en el hecho tan crucial del “pequeño resto” (*Am* 3,12; *Is* 4,2-3) que terminará por reducirse y en su pequeñez encontrará su perfecta expresión en María, “de la cual nació Jesús”, el Mesías (*Mt* 1,16).

Un quinto y último principio, no menos plurisignificativo que los anteriores, encuadrará el aspecto dialéctico y ternario de esta economía en los diferentes tiempos de su realización. La palabra “tiempo” está aquí usada más con su sentido teológico que con el cronológico. Recordemos al menos los grandes “tiempos” de la historia de la salvación: la creación, el pecado, la salvación. Después, en el “tiempo” de la salvación: el tiempo de la preparación, el de la realización y el de la consumación. Lo mismo se observará en las distintas etapas de la preparación, desde el protoevangelio (*Gn* 3,15) hasta Cristo; en las de la realización, a partir de la Encarnación y hasta la venida del Espíritu; en las de la consumación, a partir de Pentecostés hasta la venida gloriosa de Cristo. Tal es el ritmo de este inmenso diálogo que llena la historia de la humanidad: Dios habla, el hombre le responde con la aceptación o el rechazo creándose una nueva situación en la que Dios vuelve a hablar –tanto con actos como con palabras– para llevar la aceptación a su plenitud o para buscar, hasta el fin de los tiempos, la reparación de las consecuencias del rechazo. El fin de este movimiento es la presencia total de los miembros de la alianza los unos en los otros: “Permaneced en mí como yo en vosotros”(*Jn* 15,4)<sup>106</sup>.

---

<sup>106</sup> Esta reciprocidad de la presencia, no solamente de la *presencia junto a* sino de la *presencia en*, es uno de los aspectos esenciales del Misterio. Surge de la naturaleza espiritual de la presencia donde obra y se muestra el origen

El breve enunciado de los grandes principios de esta historia de la alianza entre Dios y el hombre que es “el Misterio de Cristo” considerado en su totalidad permite ver en qué sentido hay que orientarse para profundizar los dos puntos siguientes, esenciales para nuestro propósito: la multitud de hombres es concebida y querida a partir de un principio único, Cristo, el último o “el nuevo Adán”; el acto por el cual Cristo sella la alianza de la Redención, el sacrificio pascual, es el centro de la historia unificando todos los tiempos que le han precedido y fundamentando los que le seguirán.

La primera de estas dos verdades es el desarrollo del principio de elección-mediación. Explica el verdadero sentido de la afirmación paulina: “No hay más que un solo mediador, Cristo” (*1 Tm 2,5*) dando a entender que esta unicidad abarca la universalidad del género humano y no excluye co-mediaciones subordinadas y dependientes. Es toda la Escritura, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, quien testimonia esta verdad. A los estudios bíblicos que serían necesarios para profundizar habría que agregar un estudio metafísico y no simplemente un análisis de tipo sociológico. Pensamos fundamentalmente en el principio según el cual la unidad precede siempre a lo múltiple, de quien se deriva, y más aún en el lugar de la relación en la metafísica de la substancia y, por consiguiente, de la persona. De “relaciones” se habla mucho hoy día, quizás de manera excesiva. Si bien es verdad que la persona humana es un ser de relaciones también es al mismo tiempo una substancia que tiene por sí misma existencia: precisamente por su relación primera y ontológica con el que es el Ser mismo subsistiendo y quien la hace ser. Es necesario tener a la vez este ser relacionable y esta autonomía ontológica de la substancia creada para llegar a otras substancias creadas<sup>107</sup>.

Es por esto que es necesario tener los fundamentos filosóficos de la teología para profundizar en este aspecto del “Misterio”: todo hombre no existe ni es él mismo en medio de sus hermanos humanos y del mundo sino es sobre la base de esta relación primera con Dios creador; bautizado, no es ni tiene existencia cristiana más que en su relación con Cristo, Verbo encarnado, “el Hijo del hombre”. En esta primera relación se fundamentan todas las otras. Es, por esto, la unión de la reflexión teológica y filosófica la que permitirá ver, en la medida en que se pueda, cómo toda la humanidad que ha sido rescatada está presente en Cristo en el momento de la salvación.

Será necesario explicar cómo la totalidad de los tiempos de la historia de la salvación puede estar presente en cada instante y sobre todo en el momento supremo del cumplimiento de “su obra”. El “Misterio” aquí es esta concentración en el “kairos”<sup>108</sup> de Cristo (*Rm 5,6*) de todo el pasado y de todo lo que falta, todavía, venir. Todos los tiempos están, efectivamente, presentes en el instante de la Cruz como lo fue antes en la Encarnación y como lo será después en la Resurrección y en la Ascensión. Esta afirmación está tomada directamente de la Escritura y solamente es posible por el poder, en cierto modo infinito, y por la dimensión universal que su Persona divina otorga a la naturaleza y a las obras humanas de Cristo pero también tiene su fundamento en la naturaleza de las cosas, es decir en el tiempo. Los psicólogos relacionan a su manera cuando muestran cómo cada instante de la existencia es para la persona fruto a la vez de todo su pasado y compromiso de su porvenir; uno y otro, pasado y futuro se encuentran así juntos. Pero es hasta una metafísica del tiempo y de la eternidad a lo que hay que llegar para encontrar cómo el primero busca unirse con la segunda en la búsqueda de una duración que no sea fijada por una sucesión de instantes, es decir, para entender cómo esta aspiración es

---

trinitario.

<sup>107</sup> Por oposición a la Persona divina de quien el misterio único es el de ser una “relación subsistente” (Sto. TOMÁS DE AQUINO, *Sum. Theol.* Ia. q. 29, a.4), la persona creada no será nunca más que una *substancia relacionable*. La perfecta identidad del aspecto de subsistencia y el de relación es privativo de las Personas trinitarias; la persona creada aspira a esto, es el deseo de unión con su principio y con el todo, pero sin poderlo lograr. En Cristo Verbo hecho carne, la perfecta comunión (aspecto de relación) con Dios (con el Padre en el Espíritu) y con los hombres se hace posible.

<sup>108</sup> N. de T.: del griego: “momento oportuno”.

constitutiva y legítima del actuar humano. El tiempo no es más que “el ritmo del movimiento entre un antes y un después”, dicho de otra forma, el actuar se realiza por una forma de cambio y por consiguiente de sucesión de instantes. De allí el deseo de un instante total, a la vez realización plena y abolición del futuro, o sea, para el hombre, de la historia. Es hasta esto que es necesario llegar para obtener, a nivel de reflexión correcta sobre el orden de la creación, las bases que permitirán darse cuenta de lo que es revelado en el orden de la Redención, o sea, la existencia de este “kairos”, la duración de la vida de Cristo sobre la tierra y donde están presentes todos los tiempos de la historia. Es, según las divisiones que nos hemos propuesto (“quinto principio”), el “tiempo de la realización”. Verdadero centro de la historia es, al mismo tiempo, la totalidad, es decir, el *pleroma*<sup>109</sup>, porque asume totalmente la reunión del comienzo del tiempo de la “preparación” y la fundamentación de la nueva realidad con el cumplimiento total en la “consumación”. De donde el centro es, al mismo tiempo, principio y fin de los tiempos.

Es así que toda la Iglesia, la “*Ecclesia inde ab Abel*”<sup>110</sup>, está presente en Cristo cuando Él “realiza” su Misterio en la tierra. Pero, recíprocamente, para esta realización es necesario que Cristo y su obra histórica única estén presentes en cada uno de los momentos de los tiempos que le precedieron y de los que le siguen. ¿Cómo será esto? Por obra del Espíritu Santo, ciertamente. Pero recordemos que el Misterio de la alianza ha sido querido por Dios por el camino de la Encarnación del Verbo (“primer principio”). Es aquí donde descubrimos la profunda razón del orden sacramental: realidades sensibles al servicio del Padre, del Verbo y del Espíritu, los sacramentos son los medios por excelencia por los cuales la “carne” del Verbo logrará reunir a los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares. Aparecen bajo el modo imperfecto de signos prefigurativos y anunciadores en el tiempo de la preparación; surgen como modo perfecto de signos “conmemorativos” en el tiempo eclesial de la “consumación”.

## ***II. Lugar de Mana en la economía del Misterio***

Antes de continuar esta reflexión, que nos deja ya entrever qué es la Eucaristía, y para poder ubicar en ella el lugar de la Virgen, es conveniente considerar cuál ha sido este lugar en el momento central de la historia de la salvación. Para esto es necesario partir del principio de elección-mediación y completarlo con las dos consideraciones siguientes. La primera es que la mediación es a la vez única y múltiple, según un orden jerárquico. La segunda es que esta unidad y esta multiplicidad de la mediación se encuentran en el comienzo mismo de la obra de Dios, en la creación del hombre y de la mujer. Porque la Redención presupone la creación, de la que parte, y, en consecuencia, es necesario leer ensamblados los dos hechos. Si la segunda presenta a la mujer como sacada del hombre, la primera la presenta como siendo una sola cosa con él en el pensamiento de Dios (*Gn* 2,21 s.; 1,27). La mujer no es, entonces, un hombre inferior. Es el ser humano en femenino como el hombre lo es en masculino. No son más que uno en la unidad y en la diversidad inicial; es también porque son “imagen de Dios”, Uno y Trino. He aquí el gran misterio que es necesario esclarecer. Esta *diada*<sup>111</sup> está abierta a su Principio que completará el hacerla “a su imagen y semejanza”, es decir, perfeccionada en una comunión trinitaria por el don del Espíritu. Concebidos por el Padre en el Verbo, el hombre y la mujer reciben de ellos su Espíritu de vida, primero en el plano natural, después en el sobrenatural. Y es por este don sobrenatural que entran en la comunión trinitaria.

Esta disposición divina, corolario inmediato del principio de elección-mediación echa una luz particular sobre la economía de la alianza. Da la razón profunda de la Encarnación del Verbo en María y de la presencia de ésta, “la Mujer”, junto a Cristo en la Cruz. También nos aclara la función que esta Mujer única continúa desempeñando en la consumación del Misterio de la

---

<sup>109</sup> N. de T.: “pleroma” (del griego: plenitud, totalidad).

<sup>110</sup> N. de T.: del latín: la Iglesia desde Abel.

<sup>111</sup> N. de T.: del griego: dualidad, par, pareja.

alianza desde Pentecostés.

La alianza fue sellada entre Dios, Uno y Trino, y la humanidad, una y múltiple, pero desde luego una y doble –o dual– en su primer principio, “el hombre y la mujer”. Esta dualidad en la unidad está abierta a la vez a la Trinidad de la cual procede y a la multitud que origina. Es gracias a ella que podrá efectuarse la alianza, esta asunción de la humanidad en la comunión de las Personas divinas. El Misterio sólo revela sus más profundas luces en esta perspectiva trinitaria. Considerémoslo en los tres momentos principales de su “realización”. En la Encarnación Dios (el Padre) envía su Palabra (el Hijo) a la humanidad enteramente presente en María (la Mujer). Por el Espíritu, enviado al mismo tiempo que la Palabra y también por Ella, la Mujer acoge esta Palabra, que toma la “carne”, es decir, se hace humanidad en ella: es el primer tiempo de la alianza. Sin embargo, a causa del pecado, ésta no puede ser sellada más que con sangre; será la obra del “más grande amor” (*Jn 15,13*). Consecuentemente, sobre la Cruz el Hombre nuevo (el Verbo hecho carne) se ofrece en sacrificio “por” todos los hombres, entrega su espíritu (su soplo de vida) al Padre y derrama su sangre sobre la humanidad (esa sangre que es portadora del Espíritu de Vida): la alianza está sellada. La Mujer está allí presente asociándose, por su docilidad de siempre a las mociones del Espíritu de Vida, al ofrecimiento del Hombre, su Salvador y su Hijo, y recibiendo esta sangre (por su fe) para hacerla caer sobre los demás hombres, “el resto de su descendencia” (*Jn 19,27; Ap 12,17*). Ella está también allí “para” todos los hombres. Y, por consiguiente, en ella también todos están presentes. En Pentecostés, después de la glorificación del Hombre, la Mujer continúa su misión eterna: recibir del Padre y de su Palabra, y por consiguiente ahora de la Palabra hecha carne, inmolada y glorificada, su Espíritu de vida y de amor a fin de continuar dándole a esa Palabra su carne, a ese Verbo toda la plenitud de su encarnación, a ese Hijo la totalidad de su Cuerpo Místico. María es aquella por quien, en la dependencia de Cristo, en Él y para Él, el Espíritu se derrama entre los hombres para hacerlos Iglesia a fin de que sea “consumada” la alianza.

Largas argumentaciones serían necesarias para fundamentar y desarrollar cada una de estas afirmaciones<sup>112</sup>. Confiamos, sin embargo, que su enraizamiento bíblico y su coherencia serán suficientemente perceptibles, a través de esta rápida presentación, como para permitir al lector comprender esto, de dónde se deriva y cuál es el punto central de nuestro propósito: María no es simplemente la primera de las mediaciones dependientes y subordinadas queridas por Dios en Cristo; Ella es el principio co-mediador primero no siendo más que uno con el principio mediador primero, Cristo mismo. Es la co-mediadora única asociada por la Sabiduría divina al único mediador. Y esto porque la alianza es este “Misterio” de la unión entre la Libertad infinita de Dios y la libertad, absoluta pero creada, del hombre, entre las tres Personas divinas y las multitudes humanas, o, sobre todo, entre el Padre y esta multitud por el Hijo en el Espíritu; y porque, para realizar esta unión, el Padre ha creado a la humanidad y la ha rescatado a partir de un hombre y de una mujer, inseparablemente. Es en esta perspectiva, trinitaria por parte de Dios, y dual –en su principio– por parte del hombre, que se pueden relacionar la función de Cristo y la de María en la redención de la humanidad, es decir, en la edificación de la Iglesia y ver cómo ella no está menos presente que en Cristo en el tiempo de la “realización” del Misterio. Es porque María estará igualmente siempre presente con Cristo en el tiempo de su “realización” y más especialmente en la Eucaristía. Así, de una manera más general, la Mujer, la Inmaculada está inseparablemente unida a Cristo en el centro de la Iglesia y de toda la creación. Se lo comprenderá con más evidencia aún al desarrollar, en la línea y sobre las bases de esta metafísica de la relación que recordamos en su momento, todas las implicaciones de doble y única gracia de la maternidad divina y de la maternidad eclesial, la una y la otra siendo correlativas con la gracia de la unión hipostática del Verbo encarnado.

Expresar lo anterior no es, de ninguna manera, poner a María en un plano de igualdad con Cristo, a menos que se trate de esa “igualdad del amor” de la que habla san Juan de la Cruz y

---

<sup>112</sup> Estamos trabajando en una obra actualmente en preparación que aparecería en la primavera del próximo año.

que Dios mismo establece entre su creatura y Él en la unión mística<sup>113</sup>. Porque María lo recibió todo de Cristo, Él es el único Salvador. Pero Él mismo ha recibido de Ella su carne por la cual Él pudo ser su Salvador. María ha recibido del Verbo el Espíritu por quien Ella lo ha concebido a Él en su carne (*Lc 1,35; Mt 1,20*); y el Verbo ha recibido de María esta carne gracias a la cual se mereció el don del Espíritu. De tal manera todo en la Redención, comprendiendo el “Fiat” de María, a partir de su Inmaculada concepción, principio de todo misterio, hasta la Cruz de Cristo, igualmente comprendiendo la Cruz de Cristo, que viene del primer “Fiat” de la Inmaculada. Sólo Dios es el autor del don gratuito del Espíritu Santo; pero este don no se lo hace a la creatura, “la carne”, sino que lo recibe con su consentimiento. El Padre y el Verbo tienen necesidad de esta carne que consiente para derramar su Espíritu de amor. Esta carne es, desde luego, la Inmaculada misma que aparece así como la criatura del perfecto consentimiento al don y a la obra del Espíritu. De allí su misión universal: por su consentimiento se une al Verbo y le da su propia carne, singular y “total”. Para la primera, lo sucedido en el instante mismo de la Encarnación, por el solo acto de obediencia y de fe del “Fiat”. Para la segunda, la formación de la carne del “Cristo total”, es decir de la Iglesia, sucede por la cooperación secreta pero constante de María con toda la obra del Verbo encarnado, desde el momento de la Encarnación hasta la Cruz, desde la Cruz hasta Pentecostés, desde Pentecostés hasta la Parusía. En todo tiempo María es, por título único, aquella en quien y de quien, por el Espíritu el Verbo se forma su carne: la humanidad a la que se une para introducirla en la comunión con el Padre. Pero esa carne, de la cual recordamos el instante en que el Verbo ha querido necesitarla para derramar su Espíritu de amor y para encarnarse Él mismo singular y “totalmente” lo serán también todas las mediaciones eclesiales “instituidas” por Él, en primer lugar de las cuales hay que ubicar el sacerdocio ministerial y los sacramentos. Y en el centro del organismo sacramental se encuentra la Eucaristía. Trataremos de ver cómo la Virgen está presente en la Iglesia para allí “consumar” su misión.

### ***III. Presencia de María en la Iglesia en la Eucaristía***

Lo que vamos, entonces, a exponer, es la forma por la cual el acto central de la realización del Misterio, la Pascua de Cristo, se realiza en el sacramento de la Eucaristía. Tal es el dogma de fe del cual debemos partir; el sacrificio del altar es el mismo sacrificio de la Cruz. ¿Cómo es esto? Precisamente porque El está en el sacramento se dice que el signo es a la vez simbólico y real. Conocemos el gran texto de San Agustín, que proviene de las enseñanzas de San Ambrosio y retomado por santo Tomás: “*Semel immolatus est in semetipso Christus, et tamen quotidie immolatur in sacramento*”<sup>114</sup>. “In sacramento”, es decir, en este signo único que es y que realiza lo que significa. Es, entonces, este signo el que debemos estudiar para ver cómo el Sacramento es el Misterio mismo, cómo el Misterio se continúa en él y puede por ese medio tender hacia su consumación.

El signo, en la Eucaristía, es el doble elemento material, el pan y el vino, las palabras pronunciadas sobre ellos y los gestos, es decir el rito en el cual estas palabras son pronunciadas sobre esta materia del modo cómo el uso lo ha señalado. Son las que Cristo ha instituido en la Cena, sus propias palabras y el contexto histórico indican el sentido de estos signos (materia y gestos) mientras que por su poder divino Él le da el ser y hacer lo que significa: el pan es el Cuerpo; el vino es la Sangre; su única y doble consagración es su inmolación; su don a los hombres es don de alimento y de bebida de Vida sobrenatural. Cristo significa y realiza ahora en este signo el sacrificio que Él había realizado en la Cruz. Y este signo, Él lo instituye para que su sacrificio sea perpetuado y consumado en la Iglesia. La Cena recapitulaba todos los

<sup>113</sup> “Subida al Monte Carmelo” L. I, cap. 4; “*Llama viva*”, Estr. III, v. 5-6; y otros.

<sup>114</sup> “*Suma Teológica*”, IIIa., q. 83, a. 1, *Sed c*; citando a SAN AGUSTÍN, *Epist.* 98, al 23, *ad Bonif.*, n. 9; PL 33, 363-364. Para los orígenes ambrosianos del pensamiento agustiniano sobre Sacramentos, ver R. JOHANNY, “L’eucharistie, centre de l’histoire du salut chez saint Ambroise de Milan” (Coll. “Théologie historique” - 9), Paris, Beauchesne, 1968; ver fundamentalmente los textos citados pp. 154; 86-88 (*sacramentum et mysterium*); etc. N. de T.: “Una sola vez Cristo se inmoló a sí mismo y, sin embargo, cada día se inmola en el sacramento”.

sacrificios del tiempo de la preparación. La Cruz los realizaba. La Misa es el sacrificio de la Cruz reactualizado en la Iglesia a fin de ser consumado por ella y en ella.

Está aquí el corazón de la economía temporal del Misterio, esta recapitulación de todos los tiempos en un tiempo único y se la encuentra en lo que se podría llamar la economía del sacramento. Efectivamente, éste, y por excelencia la Eucaristía es a la vez, porque los significa en el mismo momento, el pasado, el presente y el futuro, o mejor, la escatología. El pasado es el sacrificio pascual del que se hace memoria (*Lc 22,19*); el presente es la vida de Cristo con la cual son alimentados en ese momento (*Jn 6,55*); la escatología es la vida eterna de la cual el germen es de este modo percibido (v. 54). Por esta economía interna el sacramento revela que es exactamente la continuación del Misterio. Como él, es un acto donde el pasado y el futuro se reúnen en un presente que tiene la virtud de unirlos y de ordenarlos el uno junto al otro y el uno para el otro hacia el fin escatológico. (El Sacramento es una parte de todo lo que representa el Misterio. Aunque nosotros los oponemos por la necesidad del análisis es necesario considerar el Misterio en el aspecto que el contexto indica: el tiempo de su realización en la vida terrestre de Cristo). La Eucaristía se nos presenta entonces como siendo la presencia en la Iglesia, o mejor todavía el presente para nosotros, del Misterio de Cristo. Ella es por excelencia nuestro *kairos* (cf. *2 Co 6,2*), el instante privilegiado de la salvación, el acto por el cual entramos en la gran acción salvífica de Cristo.

Tal es la primera verdad que queríamos considerar: un mismo dinamismo, una misma “virtud” y una misma economía animan el Misterio y su sacramento; éste será el medio privilegiado por el cual aquél continúa y tiende a su consumación en el tiempo. Contemplando el Misterio en el tiempo de su realización se ve cómo en la Iglesia están presentes su Salvador y su Madre. Mirando el Sacramento se ve cómo Cristo se hace presente en su Iglesia para consumir su Misterio en ella. Cristo, y por consiguiente, con Él la Virgen. Esta presencia de María se la verá mejor aún al analizar los otros aspectos y las otras significaciones del signo sacramental. Efectivamente, la polivalencia que hemos venido destacando en el orden de la significación temporal se encuentra en los otros aspectos, siempre dentro de la misma subordinación a la unidad. Es así que el pan y el vino significan a la vez el Cuerpo individual de Cristo y su Cuerpo eclesial y los significan el uno por el otro y el uno para el otro, según el “admirable *commercium*”<sup>115</sup> de la Encarnación redentora. Tal es la doble polaridad que fija el acto del sacramento: va de Cristo a la Iglesia y de la Iglesia a Cristo. Antes de ser signos del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, en lo que se convierten por la transustanciación –que los hace ser lo que ellos significan– el pan y el vino son ciertamente, por su simple simbolismo, el signo de la comunidad reunida, es decir, la Iglesia. Conocemos cómo los Padres han desarrollado este simbolismo. En las oblaciones que presentan al sacerdote para el sacrificio están ellos mismos, sus vidas, sus bienes que ofrecen los fieles. Porque son la materia la que, por sus palabras, Cristo va a hacer su propio Cuerpo: su Cuerpo eucarístico y su Cuerpo eclesial, éste por aquél. De las parcelas de materia, bajo el simbolismo de las cuales la asamblea se ofrece a Cristo a través de su ministro consagrado, va a hacer la substancia de su propio Cuerpo y esto en un gesto que en el re-presentante re-actualiza su sacrificio pascual. Él toma a la Iglesia en su sacrificio. Enseguida, también por el ministerio del sacerdote, Cristo va a alimentar a cada uno de sus miembros de esta materia hecha su carne y su Sangre para darles la vida, para unirlos en una comunidad, la Iglesia, para llevarlos hasta la consumación de su sacrificio e introducirlos así en la comunión con su Padre. Así se cumple el “admirable intercambio” por el cual Dios se da a la humanidad para que ella misma se dé a Él. Pero más allá de la asamblea, y aún en ausencia de la asamblea, es toda la humanidad quien está representada por las ofrendas del ofertorio, y más allá de la humanidad, el universo mismo, la creación entera. Cristo las recibe en el ofertorio. Las hace signo de su entrega a ella por la consagración. Se les da en la comunión para la consumación del intercambio, de la unión, en una palabra: de la alianza. Así la Misa es el único sacrificio de Cristo y de la Iglesia.

---

<sup>115</sup> Admirable intercambio.

Pero tal obra no se puede cumplir sino bajo la acción del Espíritu Santo; es aquí donde nosotros descubrimos la presencia de María y más aún su acción. Porque esta presencia, por cierto, está relacionada con la de Cristo de quien el Cuerpo será siempre para María la carne de su carne. Más precisamente, es por el Espíritu Santo que el Verbo ha tomado carne en Ella. Y es por él también que continúa formando su Cuerpo místico en la humanidad, muy especialmente por medio de la Eucaristía. Luego, lo hemos visto, la humanidad está toda entera presente en María, quien la representa, en la “realización” del Misterio: en la Anunciación, por la Encarnación y en el Calvario por el sacrificio de la alianza. Aquí y allá María recibe el Espíritu y, por Él, la Palabra y sus dones, el Verbo que se haría carne en Ella y el Verbo ya hecho carne que se inmolvaba para “derramar su Espíritu sobre toda carne” (Jl 3,1; Hch 2,17). Es por lo que se afirma que el sacramento es la continuación del Misterio en vistas a su “consumación”: 1°) que la Eucaristía no se realiza sino por y para una nueva efusión del Espíritu; 2°) que no se realiza sin una presencia y sin una acción de María.

Al decir que la Eucaristía no se efectúa sino por una efusión (o por una acción) del Espíritu Santo, no pensamos solamente en la *epiclesis*, porque la acción del Espíritu en la consagración eucarística, inseparable de la acción del Padre y del Verbo, no está esencialmente ligada a esta oración sino a las palabras mismas de la institución pronunciadas por el Sacerdote en virtud del poder que ha recibido por su propia consagración sacerdotal. En cuanto a la efusión del Espíritu que produce la Eucaristía, es decir, en cuanto a su envío y a su acción en los corazones, es la misma de Pentecostés, proveniente totalmente de la Sangre de Cristo inmolvado y resucitado. Dios sólo conoce la medida, dada por los méritos del sacrificio de Cristo y de la Iglesia, como también de la fe y de la participación de esta misma Iglesia, en cuanto todavía debe salvarse, en el sacrificio de su Jefe y de su Esposo.

Es aquí donde la Inmaculada, Madre de Dios y Madre de la Iglesia, va a desempeñar toda su función. Su presencia, tan cierta como escondida, no está significada por algún signo sacramental particular. Un signo lo sería el Misterio sacramental. Como la Eucaristía misma y antes que Ella, María está totalmente en la doble relación que la une a Cristo y a su Iglesia. Y porque todo lo que en el Sacramento significa la presencia de Cristo y de la Iglesia no es una parte sino la totalidad del pan y del vino, co-significa y por consiguiente co-realiza la co-presencia de María en Cristo y en la Iglesia. Su presencia y su acción serán, entonces, multiformes según los múltiples aspectos de la significación del signo y del desarrollo del Misterio.

Ella está presente en la materia que se va a hacer carne de su carne y aumento de sus hijos. Esta materia es suya por una relación especial; Ella misma invoca sobre sí la venida del Espíritu, del Verbo y del Padre mismo. Ella está fundamentalmente presente en la asamblea, su Iglesia, que ofrece la materia en función del sacrificio; la lleva en Ella como en el día de la Anunciación, pidiendo sobre ella, como sobre la materia que la representa, la venida y la acción salvífica de la Trinidad. Ella está presente en el Sacerdote que ofrece esta materia –y en la Iglesia misma– en sacrificio, como está presente en el Cristo en la Cruz, soberano sacerdote de su propio sacrificio; como adhesión a su inmolvación bajo la acción del Espíritu y su intercesión. Ella está presente en cada uno de los que se asocian a este sacrificio en comunión con la carne inmolvada y con la comunidad que forman también entre ellos entre los cuales está presente como lo estaba en medio de los discípulos en Pentecostés al invocar al Espíritu Santo y hacerlo venir sobre ellos. Porque estuvo unida a la efusión de la Sangre y la suya está místicamente mezclada con la de Cristo y así también con el Espíritu. Ya en la primera parte de la Misa Ella está presente en la Iglesia para comunicarle su docilidad al Espíritu a fin de que acoja la Palabra. Y es así cómo la Iglesia que había estado presente en María desde el cumplimiento del Misterio es ahora María quien se hace presente en la Iglesia para la consumación de este Misterio, especialmente en la Eucaristía que es su centro. ¿Cómo? Por esta acción maternal secreta, correlativa de la de Cristo actuando por el Sacerdote y por la cual, con Él, Ella da la vida –su vida,... la de ellos– para atraer el Espíritu, para derramarlo en los corazones y volverlos dóciles a su acción lo que es siempre hacer recibir la Palabra para retornar en ella al Padre.

Profundizar esta acción de María y del Espíritu demandaría otro estudio en el que habría que distinguir, para demostrar la complementariedad, lo que surge de la oración de intercesión para invocar al Espíritu y lo que surge de la acción personal directa para comunicar el hacerse dóciles a su acción. Nos hemos propuesto simplemente mostrar la existencia de esta acción situándola en su cuadro teológico, tanto del Misterio como del Sacramento y decir lo más esencial que hay en ella sobre la base de los principios de la economía de este Misterio y de este Sacramento. Destacaremos simplemente estos dos aspectos para concluir. Porque la alianza, objeto del Misterio, es trinitaria se realiza sólo por la acción única y coordinada de cada una de las tres Personas divinas; de aquí la importancia de aclarar la función del Espíritu en la Eucaristía. Porque la alianza no reúne a las multitudes sino a partir de un elegido-mediador el que es doble en su primer principio, el hombre y la mujer, María está siempre en acción junto a Cristo en la obra de la Redención; la Iglesia está tan presente en Ella como en Él, aunque en forma diferente, en el tiempo de la realización. En el de la consumación Ella misma se hace presente en la Iglesia de la cual la fe, sea ella consciente o no, es siempre una participación de la de María. María actuará entonces haciendo participar de su propia fe, es decir, invocando sobre Ella el Espíritu y enviarlo para hacerle recibir la Palabra a fin de que ésta crezca siempre más en ella. Y así es siempre por María, con Ella, en Ella y de Ella que Cristo forma su Iglesia, su Cuerpo, su Esposa.

Pero es evidente qué más la Iglesia sea consciente de esta función de la Virgen y más la reconozca, mejor Ella podrá ejercerla, muy especialmente en la Eucaristía, sacramento por excelencia del Misterio. De aquí la urgencia de destacar siempre valorando en la liturgia (palabras, iconos) y en la pastoral (catequesis) esta presencia y esta acción maternales de María en favor de la Iglesia en la Eucaristía. Además a medida que los “signos de los tiempos” se multiplican nos muestran que es ahora la hora de María, la hora de la Mujer al pie de la Cruz<sup>116</sup>.

*Roma*

---

<sup>116</sup> Entre todos estos signos, nos permitimos citar al menos éste: el escudo de S. S. Juan Pablo II tiene el monograma de María al pie y al costado de la cruz de Cristo.